COMPRE USTED

AVENTVRAS

La publicación que más se lee en España

EJEMPLAR: 50 cénts.

La Novela Sugestiva

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



50 TONO MONREAL
Una mujer de teatro
CTS

UNA MUJER DE TEATRO

La Novela Sugestiva

UNA MUJER DE TEATRO

por

TONO MONREAL

Ilustraciones de
M E L

8

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID

PROLOGUETE



Yo creo que nadie de ustedes ignora dónde está Villaplácida y, por tanto, no juzgo necesario decir a qué provincia pertenece ni a los grados de latitud en que se encuentra ubicada.

En Villaplácida hay un río, una carretera, una plaza Mayor, una nube de mosquitos, un teatro y una casa de tolerancia.

En el río se pescan cangrejos y aprenden a nadar los chicos que no se ahogan; por la carretera se pinchan los neumáticos de todos los autos y, de vez en cuando, da uno una voltereta completa, porque está llena de baches; la nube de mosquitos no pica más que a los forasteros (de esto no estamos muy seguros; entra en lo posible que no hagan distinciones y piquen también a los indígenas, sólo que como estos están ya acostumbrados, no los sienten); en la plaza Mayor se

celebra el paseo; en el teatro hay casi siempre «cine», aunque de vez en cuando da unas cuantas funciones una compañía cualquiera, y la casa de tolerancia se halla en una callejuela de las afueras y tiene en el comedor un retrato de *El Espartero* y dos cromos de un gusto tan deplorable, como el de la clientela que la frecuent. .

Es decir, que Villaplácida es un pueblo idéntico a todos los pueblos de la Península. Con esto y con decir que ha mudado recientemente el nombre de dos o tres calles, el lector quedará completamente orientado.

Pues bien, en Villaplácida reside la familia Gutiérrez, lo cual no tiene nada de extraordinario. Pero los Gutiérrez son gentes cuya celebridad no ha traspasado las fronteras, y nos tememos que usted no las conozca, a no ser que haya estado alguna vez en Villaplácida, donde ellos son unos personajes.

No es difícil ser un personaje en un pueblo pequeño, pero por pequeño que sea Villaplácida, dentro de su recinto tiene los suficientes ejemplares humanos para sentirse satisfecho o desesperado con él; ¡se requieren tan pocas condiciones para ésto!

Los señores de Gutiérrez vivieron en aquel pueblo plácidamente hasta que su existencia quedó trastocada porque recibieron una carta. Bastó un pequeño rectángulo de papel para trastornarles. Una carta en un pueblo siempre se recibe con

sobresalto, y si lo que llega es un telegrama, ya es sabido que la mayoría de las señoras tienen la costumbre de desmayarse antes de haberlo leído.

Los Gutiérrez tienen en Villaplácida una tienda, muy limpia y muy bien surtida, junto a la plaza Mayor, con unas letras doradas y grandes que dicen MERCERIA, pero no hay que hacer ni el menor caso del rótulo del establecimiento, pues allí lo que principalmente se venden son libros, tarjetas postales, tinteros, pliegos y sobres y plumas estilográficas.

¿Que por qué dice entonces mercería?

Muy sencillo, porque es la costumbre del país.

Si han pasado ustedes por allí alguna vez en automóvil, les habrá sido fácil darse cuenta de que los neumáticos se los vendieron en la droguería y de que para comprar un sombrero es preciso ir a la peluquería.

Y en Villaplácida nadie ignora que los brazaletes para los niños que han de hacer la primera comunión se venden en casa del fabricante de agua de seltz, que es precisamente el sitio donde las señoras se surten de clavitos dorados para adornar las butacas de su casa.

El quid está en saberlo y, por tanto, la cosa —como los mosquitos—no resulta incómoda más que para los forasteros.

Volvamos a los Gutiérrez.

El jefe de familia, don Teobaldo, era un hombre que usaba barba. Con esto casi está dicho

todo, porque usar hoy en día barba es como catalogarse uno por sí mismo sin esperar a que los demás lo hagan.

Para aclarar más esto, se puede añadir que era uno de los escasísimos habitantes de Villaplácida que no conocía íntimamente a Justina, ni a Conchita ni a la «Bigotes». Por si ustedes no las conocieran tampoco, les diremos que Justina y Conchita eran las dos complacientes pupilas de aquella casa que hemos dicho que había en una de las callejas de las afueras, y la «Bigotes» era la bastante menos complaciente dueña de aquel hostal.

Eduvigis González de Gutiérrez era la cara mitad de don Teobaldo. Cuarentona y guapetona. Una de esas mujeres que gustan tanto a los adolescentes, pero más anticuada en sus gustos que un vals.

Conservaba todavía el pelo largo, lo que hacía cinco años era título de decencia en Villaplácida, y hoy no es más que de estultez, y se lo peinaba en un gran moño sobre la nuca.

Poseía unos brazos carnosos y unas piernas bien dibujadas. Con un poco de coquetería nada más, hubiera resultado deliciosa, pero era ñoña hasta la exageración.

Así y todo, los estudiantes de Villaplácida que iban a comprar cuadernos a su mercería, preferían que se los despachase ella en lugar de don Teobaldo.

El matrimonio de don Teobaldo y doña Eduvigis había dado un fruto.

¡Y qué fruto!

Conchita Gutiérrez y González, de dieciocho años, soltera; profesión, su sexo. Eso era lo que decía la cédula. Pero ahora vamos a ver lo que decimos nosotros.

Conchita era una perita en dulce.

Vista por un proceso, sería panorámicamente así: los pies, pequeños; la falda, no muy corta (cosa que al proceso no le debía de importar mucho, porque como él la veía de abajo a arriba...). Debajo de la falda, una ropa interior lo bastante limpia como para que la chica pudiera dar volteretas sin tener por qué avergonzarse. Las piernas prietas; no era ni culibaja ni culialta, cosa que tiene una grandísima importancia para la arquitectura del edificio femenino.

Sigamos con el examen del proceso.

La parte alta no desmerecía de la parte baja, lo que suele ocurrir en muy contadas ocasiones. La barbilla, fina; los labios, como para hacerse millonaria dando besos a perra gorda; las mejillas, coloraditas; los ojos, claros; la melenita, muy rubia, y las orejas, ni bonitas ni feas, como suelen ser todas las orejas del mundo.

En cuanto a la psiquis de la chica, era muy modosita y muy ingenua. No tanto como para creer que los niños venían facturados de París, pero sí

como para hacer preguntas que los mayores calificaban de improcedentes.

¡Ah! Otro encanto de la jovencita: no leía nunca artículos de Eugenio D'Ors.

Sintetizando:

Si yo me viese un día en la triste necesidad de raptar a un miembro de la familia Gutiérrez, lo haría por este orden:

En primer lugar, raptaría a Conchita.

En segundo, a doña Eduvigis.

¡A don Teobaldo que lo rapte su padre!



UNA CARTA

PARA nuestra narración contamos, pues, con los siguientes elementos: un pueblo, un río, una plaza Mayor, una carretera, una nube de mosquitos, una casa de tolerancia, una mercería donde se venden libros, tarjetas postales y plumas estilográficas; un hombre con barba, una mujer sin ella, una carta cuyo contenido hasta ahora desconocemos y una muchacha que no lee a Eugenio d'Ors.

Sobran elementos.

Para que los espíritus timoratos no se alarmen y por la pulcritud de esta novela, suprimiremos, en primer lugar, la casa de tolerancia. Un poquillo trabajo nos cuesta, porque aún se les podía sacar algún partido a las mozas; pero, en fin, por clausurada.

Después, suprimiremos los mosquitos y el río,

y si pudiéramos suprimiríamos también la barba del hombre.

—¡Empiece usted de una vez, hombre!

—¡Ya voy! ¡Ya voy!

* * *

Los Gutiérrez, y de un modo especial doña Eduvigis, eran gente piadosa, hasta el punto de que en los anaqueles de su mercería no se hallaban más libros que los señalados en los catálogos con un asterisco, lo cual, como ustedes saben muy bien, quiere decir que pueden ponerse en todas las manos con la seguridad absoluta de que se caerán de ellas.

Como el negocio marchaba muy bien, no tiene nada de extraño el que los Gutiérrez cuidaran de que sus comidas fuesen suculentas y, por tanto, tenían el sueño tranquilo y el aspecto saludable, y engrosaban a ojos vistas.

Esto, que parecía excesivo en don Teobaldo y en doña Eduvigis, resultaba encantador para los dieciocho primorosos años de Conchita, que cada día estaba más guapa.

Vivían el matrimonio y su pimpollo en esta dulce quietud pueblerina, cuando llegó la carta de que hemos hecho antes referencia, y que había de alterar por completo la apacibilidad de su vida.

Fíjense en cómo sucedió el caso.



—¿Qué está usted diciendo?

Decoración:

La calle frontera a la plaza Mayor.

Personajes:

En la puerta de la mercería donde se venden tarjetas postales y libros que se ponen y se caen de todas las manos, Conchita Gutiérrez y González, zapatito y media de color, falda blanca plisada que le sienta a maravilla, blusa sin mangas que permite ver unos bien torneados brazos, blancos y rosados, de cuyas axilas se desprenden unos ricitos rubios, y la cabeza descubierta para que se aprecie mejor lo bonito que Conchita tiene el pelo.

Federico da vuelta a la esquina.

Les he hablado a ustedes de Federico como si fuera un personaje tan popular como Sánchez Guerra. En Villaplácida lo es más, pero como ustedes no viven en Villaplácida, será necesario hacer la presentación correspondiente.

Federico es el cartero del pueblo.

Un hombre gordo y, como gordo, pacífico. Muy aficionado a gastar bromas a sus coterráneos, excesivamente confianzudo y más charlatán que tres comadres reunidas.

Conchita, al verle llegar, se volvió hacia el establecimiento, y dijo:

—Aquí está el cartero, mamá.

Doña Eduvigis se despegó del mostrador, y condujo hasta la puerta su robusta personalidad.

—¡Vaya, doña Eduvigis—dijo Federico, guiñando el ojo izquierdo—; menuda carta tengo para ustedes!

—¿De dónde?

—De Madrid.

—¡Ah!

—Lo que no nos había dicho usted nunca es que pensara dedicarse al teatro.

La ñoñez de doña Eduvigis hizo que le subieran al rostro los colores ante la broma de Federico, que siguió diciendo con aire fingidamente alarmado:

—¡Y a qué teatro, cielos! ¡¡Al «Potopón»!!

—¿Qué está usted diciendo?

—¡¡Al «Potopón»!!

En efecto, en el membrete del sobre que le tendía Federico podía leerse en letras azules:

«Teatro Potopón.—Madrid.»

Conchita, que no podía explicarse aquello, preguntó a doña Eduvigis:

—¿Quién te puede escribir del «Teatro Potopón», mamá?

—No lo sé.

Federico, que además de charlatán era chismoso, tenía un vivísimo interés por enterarse, y por eso, en lugar de continuar repartiendo la correspondencia, se quedó como ensimismado a la puerta de la mercería, mientras la señora de Gutiérrez rompió el sobre y antes de leer la carta miró la firma que venía al pie.

—¡Cómo! ¡Mi hermana Laura!—exclamó.

En seguida se dió cuenta de su imprudencia y, como lo tenía por costumbre, se puso roja como una amapola.

Sin saber bien lo que hacía, cogió a Conchita del brazo y la metió en el establecimiento.

¿Había dicho que la carta llegada con membrete del «Teatro Potopón» era de su hermana Laura? Pues ya no necesitaba decir más.

Para cuando Federico termine de hacer el reparto, todo el pueblo estará enterado de que el señor Gutiérrez tiene una cuñada que enseña las piernas por encima de las rodillas en los escenarios.

¡Y esto sí que es el verdadero principio de un conflicto!

Porque Villaplácida es un pueblo pequeño y doña Eduvigis no se hace ya la menor ilusión sobre su situación futura. La piedra de escándalo está lanzada.

¡Una hermana cómica!

La población no negaría la sepultura a los comediantes, pero no habría una sola familia tampoco que sentaría a uno de ellos en su mesa.

Pero con tanto asustarse y tanto meditar sobre el asunto, aún tenía el papel entre los dedos.

—Pero lee la carta, mamá—le dijo Conchita.

—¡Ah, sí!

De la lectura de aquel pliego no se podía verdaderamente sacar la consecuencia de que Laura

hubiera hecho una carrera apoteósica ni de que le esperara tampoco un porvenir brillantísimo.

En primer término, se acordaba de su familia, y cuando uno se acuerda de la familia después de varios años sin comunicarse con ella no es frecuente que sea porque la suerte le sonría.

Después, los tonos en que estaba redactada la carta eran bien humildes.

En uno de los párrafos decía:

«No es una gran posición la que tengo, pero el director es muy amable conmigo y en la actualidad mi único deseo es que transcurra tranquilamente la vida que me he hecho.»

¡Hum! Lo que doña Eduvigis había sospechado. ¡Su hermana estaba haciendo la vida! Lo que era incomprensible en todo aquello era el descoco con que lo confesaba.

Barajó sus recuerdos.

El «Teatro Potopón» ya sabía ella lo que era, como lo sabía don Teobaldo y la misma Conchita y todos los habitantes de Villaplácida.

En una ocasión pasó por allí una compañía que anunció una obra que en el «Potopón» se había representado no sé cuántos centenares de veces. Tuvieron una gran entrada, ¿porque quién se iba a figurar lo que iba a ser aquéllo?

Los Gutiérrez fueron, y a doña Eduvigis no se le quitaron los colores del rostro durante toda la representación.

Mujeres en camisa ¡y sin medias!, cantares de doble intención, argumento escabroso...

La opulenta dama quiso salir en diez o doce ocasiones del teatro, pero su marido se lo impidió diciéndole:

—¡Eduvigis, por Dios que van a decir que somos unos palurdos!

Y porque no los tomaran por palurdos se quedaron todos los espectadores en la sala.

De vez en cuando, doña Eduvigis decía a su esposo:

—Salgamos, aunque no sea más que por este ángel—y señalaba a Conchita.

Aquel ángel era lo mismo que estuviera que no, y si alguien le hubiese dicho que aquellas cómicas salían con las piernas desnudas por ahorrarse el coste de las medias, lo hubiese aceptado como la cosa más natural del mundo.

Pero lo que fué de ver fué la crónica que publicó «Plumerín», el director, administrador y redactor único de *El Faro de Villaplácida,* el único semanario que salía en el pueblo:

«Ayer una compañía de bandidos, abusando de la hospitalidad nunca desmentida de este hidalgo pueblo, se atrevió a sacar en escena una docena de mujeres medio desnudas, y cuyas piernas, justo es decirlo, no son en nada superiores a las que nuestras damas y damitas lucen en los bailes y en los paseos...»

Cuando el director de la compañía leyó el ex-

abrupto precedente, alquiló el teatro para dar seis representaciones más. Su genio comercial quedó bien patentizado, pues las seis funciones fueron otros tantos llenos. Eso sí, las damas y damiselas cuyas piernas habían sido elogiadas por el semanario de la localidad, no comparecieron por el teatro.

Con gran contento de sus maridos.

Me parece a mí...



DISTURBIO FAMILIAR



UANDO el señor Gutiérrez oyó los comentarios que sobre el asunto hizo su cara y opulenta mitad, lo primero que hizo fué fruncir el entrecejo, lo segundo acariciarse la barba y lo tercero coger la carta, que era por donde debía haber empezado.

Y después de coger la carta, en lugar de leerla, como hubiera hecho cualquier bípedo que poseyese sentido común, hizo otras dos cosas a cual más estrafalaria. La primera, dar vuelta a la misiva entre los dedos, y la segunda, llevársela a las narices.

Luego, dijo esta incongruencia:

—No está perfumada.

Esto pareció sorprenderle desagradablemente. Una mujer de teatro, a su parecer, debía usar papel permufado. Por fin, la leyó.

A sus labios fué a asomarse una despectiva sonrisa de cretino.

Y dijo con cierta satisfacción que no le fué posible disimular:

—¡Siempre he pensado en que tu hermana Laura acabaría por darnos un disgusto!

Esto era a la par una mentira y una bellacada, porque don Teobaldo Gutiérrez no había pensado en su vida ni en aquello ni en nada.

Y, sin embargo, aquellas palabras tenían su explicación.

Dentro del matrimonio, él se encontraba en una posición humillante por causa de su tío don Gundemaro, que había hecho jugadas en la Bolsa que, si calificáramos de dudosas, sería porque nuestra bondad nos impidiese calificar de otra manera.

Vaya, que se llevó unos miles de pesetas que le habían confiado.

Y ya se sabía que siempre que surgía una discusión cualquiera, lo que por fortuna no ocurría con frecuencia, doña Eduvigis hacía alusiones al tío Gundemaro y a las pesetas que le dejaron en depósito.

En adelante, la hermana que enseñaba las piernas en el «Teatro Potopón» compensaría al tío poco escrupuloso, y así la balanza matrimonial volvería a recuperar el equilibrio.

Esto hacía perder a don Teobaldo toda la des-

ventaja que hasta entonces había tenido en las discusiones domésticas.

Doña Eduvigis comentó:

—¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Qué desgracia!

Conchita, que no podía comprender cómo aquello podía constituir una desgracia, miraba alternativamente a su padre y a su madre como pidiendo una explicación.

—¡A sus años!—agregó don Teobaldo, y añadió—. Tal vez haga papeles de característica...

Doña Eduvigis se acordó de la característica que actuó en la noche famosa y que, por cierto, el papel que hacía era de lo más procaz, aunque no llevara las piernas desnudas, sino envueltas en medias negras, ¡y de algodón!

En el último acto se volvía de espaldas al público y en un desenfrenado charlestón movía la parte más carnosa de su anatomía.

¿Sería posible que Laura la estuviese moviendo también?

¡Oh! Lo que es ella se dejaría morir antes de mover una cosa semejante.

De pensarlo nada más le salieron los colores.

Conchita, al contrario que sus progenitores, comenzaba a sentir cierta envidia hacia aquella tía Laura, que se había dedicado nada menos que al teatro, y cierto orgullo también por ser sobrina suya.

Queriendo saber más, dijo:

—No da detalles...

—¿Detalles? ¡Hum!

¿Quería más detalles que aquel sobre que en letras azules decía «Teatro Potopón»?

La madre, con objeto de que su retoño no siguiera preguntando cosas acerca de aquella descastada Laura, cambió de conversación.

Pero ya era igual. Ni don Teobaldo ni doña Eduvigis ni Conchita tenían más preocupación que la de la tía Laura.



DOÑA EDUVIGIS



OÑA Eduvigis era la ñoñez hecha persona de carne y hueso. De no haber sido así, una vez descubierta por la charlatanería del cartero la profesión teatral de su hermana Laura se hubiera presentado con cara sonriente a todo el mundo y le hubiese dicho a todo el que hubiera querido oírle:

—¡Lo ve usted, Laura, la actriz tan formidable que ha resultado! Gana en el «Potopón» quinientas pesetas diarias, pero parece que la Bárcena se la quiere llevar con su compañía...

Si ella hubiera dado estos detalles se habría evitado el que Villaplácida hiciera otros distintos.

Como en realidad de Laura no se podían decir grandes cosas, era necesario inventarlas.

Las damas villaplacidenses demostraron en esta ocasión estar dotadas de buena memoria.

Laura había sido una señorita de pueblo más, que durante el día se aburría a mares y durante la noche se continuaba aburriendo, dando vueltas y más vueltas bajo los soportales de la plaza Mayor.

Cuando en el casino había alguna fiesta, iba, bailaba, bebía refrescos y se marchaba a su casa. Los domingos por la mañana oía misa y, después, seguía dando vueltas en la plaza Mayor.

Como se ve, la de Laura no puede decirse que fuera una vida de depravación y de libertinaje, pero las villaplacidenses recordaron que en el casino bailaba demasiado bien para ser una señorita decente, que le gustaba llevar medias caras y que se lavaba con jabón de olor.

En cuanto al físico, nunca había valido gran cosa. Era un tipo corriente, de los que no merece la pena andarlos describiendo.

A pesar de esto, en su juventud tuvo a un tiempo dos pretendientes: el boticario del pueblo, serio y cuarentón, y un viajante de comercio, joven y lo menos serio que en el ramo de viajantes de comercio pueda existir.

Y la chica desdeñó al boticario por el viajante.

Eso es todo lo que en Villaplácida se sabe de Laura.

Sin embargo, cuando doña Eduvigis se acercaba a uno de los grupos de murmurantes, éstas se callaban inmediatamente o se notaba que acababan de cambiar de conversación.

Y esto fué al principio, porque después las co-



¡Lo que ganó la armonía escultural de doña Eduvigis!

sas se agravaron, y a doña Eduvigis empezaron a hacerle los saludos cada vez más secos, después fueron las palabritas alusivas y mortificantes y, por último, las amistades que se enfrían y terminan rompiéndose.

Ya no es ni doña Eduvigis ni la señora de Gutiérrez, ni la mercera; ya no es más que la hermana de la actriz.

Cometió el error de no vanagloriarse de ello, y ahora está pagando las consecuencias. Entonces cambió de táctica, y pretendió hacer ver que no concedía importancia a aquel desliz de Làura, pensando que si llegara a enrojecer la villa imaginaría cosas horrorosas.

Inútil.

Poco a poco, a doña Eduvigis se la fué negando el pan y la sal en la buena sociedad, y no fué recibida en ninguna parte, y apenas si las damas entraban para nada en su mercería.

Aquel año al llegar la época en que los niños hacían su primera comunión, en la mercería del señor Gutiérrez no se vendió ni un solo lazo; las madres de los pequeños comulgantes fueron, con sospechosa unanimidad, a comprar el lazo para sus retoños a la casa del fabricante de agua de seltz.

En su desventura, doña Eduvigis vió agriarse su carácter y comenzaron las discusiones con su esposo, y con las discusiones las alusiones continuas a la hermana que enseña las piernas en

el «Potopón» y al tío que se fugó con las pesetas que le dejaron en depósito.

A pesar de toda la influencia de la descocada hermana Laura había de tener un lado benéfico: el de curar a doña Eduvigis de su tontera.

En efecto, cuando la señora de Gutiérrez se vió definitivamente repudiada de la sociedad a que había pertenecido, como primera providencia se compró una blusa blanca, sin mangas y con un escote bastante pronunciado, una verdadera blusa para hermanas de actrices del «Teatro Potopón».

¡Lo que ganó la armonía escultural de doña Eduvigis con aquella blusa! Todos los jóvenes del pueblo se quedaron asombrados de que la buena señora tuviese unos brazos tan espléndidos.

¿Pero por qué los habría tenido ocultos tanto tiempo?

La primera falda que se hizo fué más corta, lo que dió origen a que en Villaplácida se hiciera el descubrimiento de que en todo el lugar no había una dama que tuviera las piernas mejor formadas que la señora de Gutiérrez. Eran dos dignas columnas de aquel edificio macizo y opulento.

Ni que decir que se compró medias más finas y zapatos más cucos que los que hasta entonces había llevado. Doña Eduvigis se estaba quitando los años a puñados y estaba, al mismo tiempo, en materia para la murmuración a todas las cotorronas del pueblo.

Ya puesta en el camino de renovación de su persona, decidió entregar a crueles tijeras su hermosa mata de pelo, aquella hermosa mata de pelo que fué en un principio como un claro testimonio de su honestidad y después de su tontería.

La melenita acabó de rejuvenecerla.

Aquí las damas villaplacidenses no pudieron decir nada porque todas tenían el pelo cortado; pero cuando dijeron todo lo decible fué después.

Una mañana la mercera apareció tras el escaparate de su establecimiento con los labios pintados, las uñas pulidas y las cejas como las de una actriz de la pantalla.

¿Dónde iría a parar doña Eduvigis en su furia innovadora?

Dónde iría a parar doña Eduvigis, no lo sabemos, pero dónde iban a parar los jóvenes villaplacidenses, sí: a la mercería de don Teobaldo. De pronto les había entrado una especie de fiebre cultural colectiva, y allí se introducían en busca de libros, lápices, plumas, cuadernos y tarjetas postales.

Y la dueña, cada día más guapa y cada día más apetitosa, acompañando cada estilográfica con una sonrisa y dejándose apretar un poquitín la mano cuando entregaba a un pollo fruta la tarjeta postal o el cuaderno de anotaciones que le había pedido.

Pero aún a los sencillos habitantes de Villaplácida les estaba reservada otra sorpresa. Una mañanita de julio se presentó doña Eduvigis con una

de aquellas blusas claras sin sobaqueras. Los clientes pudieron deleitarse contemplando unos graciosos rizos, que al día siguiente ya no les fué posible ver porque doña Eduvigis se había depilado las axilas.

Esto hizo que las opiniones se dividieran y hubiera quién dijese que los brazos habían ganado en belleza, mientras tampoco faltaron los que opinaban que era una lástima el haberse desprendido de aquel encantador rizado.

Estas opiniones eran las de los hombres.

Las mujeres estaban absolutamente conformes en una cosa que no estampamos aquí porque resultaría francamente molesta para doña Eduvigis.



DON TEOBALDO



don Teobaldo le ocurrió una cosa parecida de lo que le había ocurrido a su señora, aunque con esto no queramos significar que el honrado comerciante de Villaplácida se puliera las uñas ni se pintara los labios, ni que se hubiese comprado zapatitos cucos, ni medias finísimas y, muchísimo menos, el que la dorada juventud de la localidad discutiera apasionadamente si estaba mejor o peor con pelos en los sobacos que sin ellos.

Le ocurrió algo parecido en el terreno social.

En un principio sufrió mucho al ver que no era tratado con la misma consideración que antes, pues si bien no rehuían su presencia, ni su llegada hacía alterar la más mínima partida de chamelo, había algo raro en las tertulias que él frecuentaba, algo que, a pesar de su barba de cretino, no le pasó desapercibido.

Ahora se le trataba con gran familiaridad. Ya no le decían don Teobaldo, sino este picarón de Teobaldete; parecía que era él y no su cuñada quien enseñaba las piernas en el «Teatro Potopón», lo cual no hubiera dejado de tener una gran cantidad de gracia.

En los ojos de sus amigos podía sorprenderse esa mirada en la que chispea la envidia que producen ciertos tipos.

La cosa empezó con una broma.

Alguien le dijo:

—Tú, que entiendes de teatro...

Y la broma terminó como en algunas ocasiones terminan las bromas: creando una reputación.

Pasado un tiempo, toda Villaplácida consideró a don Teobaldo Gutiérrez como a un hombre para el cual ni los escenarios ni las bambalinas tenían un solo secreto.

Y lo estupendo fué que él también se dejó sugestionar.

Dejó de ser un pacífico mercero para convertirse en un alborotador, que hablaba fuerte y hacía ostentación de cierto aire de fanfarronería.

Y aún más.

En sus años mozos había aprendido ciertos chistecillos cuarteleros que ya casi se le habían olvidado; pero bastó que una cuñada suya fuera contratada en el «Potopón» para que inmediatamente los recordara todos.

Tomó la costumbre de contar cuentos verdes.

—Hombre, Teobaldo—le solían decir—, ¿cómo es ese chiste de la gallina, que nos han dicho que cuenta usted con tanta gracia?

O bien:

—Oye, Teobaldete, ¿por qué no le cuentas a don Caifás el cuentecillo aquel del notario?

Y don Teobaldo, con gran complacencia, contaba el cuento de la gallina, el del notario y los otros seis o siete más que sabía y que, a decir verdad, ni tenían tanta gracia ni eran tan verdes como puede suponerse.

Naturalmente; porque si llegaran a tener alguno gracia, ¡menuda ocasión se me presentaba para colocároslos en estas páginas de LA NOVELA SUGESTIVA!

Con todo esto, al mismo tiempo que la reputación de hombre terrible de don Teobaldo quedaba definitivamente consolidada, la clientela de su establecimiento cambiaba. Por una parte, las pantorrillas de doña Eduvigis contribuían a esta mutación, y por otra, del escaparate iban desapareciendo las fotografías insustanciales para dejar paso a otras de bailarinas y de cupletistas y de mujeres que sin ser bailarinas ni cupletistas enseñaban los hombros y algo más que los hombros, y que al decir de las gentes mojigatas no podían ser sino un pálido reflejo de lo que se vendería en el interior del establecimiento.

Aquellos libros que podían ponerse en todas las manos con la absoluta seguridad de que habían de caerse de ellas, habían sido sustituídos por otros que en vez de tener asteriscos en ningún índice tenían las portadas envueltas en papel de seda.

Es decir, esos libros que se venden como el pan tierno.

El negocio de la mercería—continuemos llamándola así, ya que no han cambiado la muestra de la portada—, mejoró notablemente.

Había clientes de dos clases: unos, que iban a comprar para leer, y otros, que iban a comprar únicamente en las horas en que doña Eduvigis se hallaba detrás del mostrador.

Estos últimos invariablemente pedían los objetos más dispares con tal de que estuvieran colocados en la última tabla y para alcanzarlos necesitara su dueña la ayuda de la escalera de mano.

¡Y qué piernas se veían!... ¡Y qué nacimiento de muslos!... Porque, desde abajo, se veían engruesar las piernas de un modo... Debían de ser unos muslos fantásticos los de doña Eduvigis. ¡Algo muy serio!

En seguida que salía uno de estos clientes marchaba al Bar-Tolo, que era donde tomaban el vermut los muchachos de la «Sociedad Deportiva Villaplacidense», e inmediatamente todos los consocios quedaban enterados de si doña Eduvigis había cambiado o no de ligas desde el día anterior.

Como hubiese cambiado, todos sentían deseos de vérselas, y a la mercería se marchaban apresuradamente.

¿Conocía doña Eduvigis la curiosidad que despertaban los dos círculos de goma con que se sujetaba las medias? Lo ignoramos; pero lo cierto del caso es que llegó a poseer un verdadero surtido de ligas a cual más coquetonas y caprichosas.

¡Y el camello de su marido sin quererse quitar la barba!





CONCHITA

TENEMOS medio olvidado a uno de los principales personajes de esta historieta, precisamente al más encantador y simpático de todos ellos.

Nos referimos, claro está, a Conchita.

En ella no había hecho menos estragos que en el resto de la familia la vocación teatral, un poco tardía, de la tía Laura.

La vida se alteró desde el primer instante.

De la señorita Gutiérrez que era pasó a ser la sobrina de la cómica, y una muchacha cuya tía pertenece al elenco del «Potopón» merece pocos respetos a los mastuerzos pueblerinos.

Ahora que la chica supo colocarse en su papel desde el momento que conoció la noticia.

En su cabecita surgió primero un sentimiento de admiración hacia la tía Laura y luego un deseo de imitarla.

¡El teatro!...

Recordó que en la escuela le encargaban de la recitación de poesías los días de reparto de premios, y aunque los recitaba con un tonillete de colegio, a ella llegó a parecerle que era la Berta Singerman de Villaplácida.

Como primera providencia no quiso que la volvieran a ver despachando en la mercería. ¡Ella era sobrina de su tía y había nacido para más altos designios que el de despachar tarjetas postales! ¡Había nacido para actriz!

¡Representar comedias! ¡Tener a la multitud pendiente de sus labios y de sus gestos!...

Claro que si donde debutaba era en el «Potopón», las gentes, de estar pendientes de sus labios, sería por saber qué disparates iban a salir de ellos, y si era de los gestos, ¡no serían malos los gestos que tendría que hacer!

Conchita, en adelante, se pasó largas horas frente al espejo, ensayando actitudes y reverencias extrañas.

Hacía papeles de gran dama unas veces, y en otras, acordándose de que donde su tía estaba trabajando no era en el Real, sino en el «Potopón», se ponía ligerita de ropa, y entonces sí que no hubiera necesitado hacer gestos ni recitar versos para que inmediatamente la contrataran.

¿Porque dónde iba a compararse la madurez de doña Eduvigis con las gracias de su preciosísimo retoño? ¡Aquello era oro, pero oro de dieciocho quilates!

Y Conchita fué siendo cada vez menos ingenua y supo apreciar lo que valían sus propios encantos. Aquellos pies tan pequeñitos continuaban en unas piernas que se hacía comprensible para la chica, con sólo mirárselas, que, efectivamente, era una tontería el gastarse el dinero en medias.

Y luego las rodillas; ¡tan rosaditas!

Y los muslos... ¡Qué muslos! Y...

Entonces, en lugar de reverencias ensayaba pasos de charlestón, y aunque no lo hacía demasiado bien, ella se quedaba satisfecha del resultado.

Para Conchita el escenario llegó a constituir una obsesión, y tomó a Villaplácida y a sus habitantes un aborrecimiento profundo.

¡Madrid! ¡Había que ir a Madrid! Con la protección de su tía podía llegar muy lejos. Con la protección de su tía y con todos los encantos que su cuerpecito atesoraba.

Si doña Eduvigis se había decidido, entre otras innovaciones, a dejarse más corta la falda, su retoñito se la acortó lo suficiente para no tener que subirse a ninguna escalera de mano para que los zangolotinos de Villaplácida supiesen de qué color eran sus ligas.

Sólo que los zangolotinos, pese a la manifiesta injusticia que esto suponía, parecían mostrar más interés por los encantos de la mamá que por los de Conchita.



Un día llegó al teatro de Villaplácida una compañía de varietés.

Don Teobaldo, la noche del debut sacó su butaquita de primera fila y se repantingó en ella dispuesto a presenciar el espectáculo. Con un gesto de hombre entendido en aquellas cosas se acarició la barba.

En seguida notó que las miradas de todos los espectadores estaban fijas en él, y hasta el mismo «Plumerín», director, administrador y redactor único de *El Faro de Villaplácida*, no le quitaba la vista de encima.

Don Teobaldo bañaba su espíritu en agua de rosas. ¡Era él algo en el pueblo! Era nada menos que el técnico en asuntos teatrales.

La compañía de varietés la constituían una «troupe» de blancos y de negros que carecían de importancia; pero, en cambio, había unas blan-

cas y unas negras..., las blancas de la dulce Francia, y las negras del un poco menos dulce Senegal, que tenían una importancia grandísima.

Llevaban el repertorio que acostumbran a llevar esas clases de «troupes»: danzas de negros y danzas de blancos; a la luz de las baterías resultaba bien el contraste entre las carnes de las hijas de la colonia y las carnes de las hijas de la metrópoli.

Todas ellas con ropa escasita.

Las émulas de Josefina Baker, de ese demonio africano—digo, no; del Missisipí—, tan negritas y con los pelos tan ensortijados, movían sus piernas en un vértigo más dinámico que gracioso, para caer luego en la pereza africana, en esa languidez voluptuosa que evoca el cocotero y la manimba.

Las émulas de Misstinguette, ese demonio europeo—de París—, a quien han admirado tres generaciones de «metecos», eran menos vertiginosas y menos lentas a la vez que sus compañeras de color; pero ¡tan blancas y tan rosadas y con las cabelleras tan perfectamente teñidas de rubio!...

En uno de los intervalos del baile las doce muchachas combinadas, una blanca con una negra, como si fueran un tablero de ajadrez, cantaron una canción francesa que a todo el público gustó extraordinariamente por la sencillísima razón de que no hubo uno solamente que la entendiera.

Y sin embargo, el espectáculo iba pasando con

una frialdad glacial tan manifiesta que ya las blancas, las negras, los negros y los blancos se estaban oliendo el fracaso artístico, al que, como la sombra al cuerpo los días de sol, acompañaría el económico.

¿Cuál podría ser la causa de esta frialdad cuando las chicas bailaban aceptablemente y tenían unas más que aceptables piernas y unos preciosos hombros y unas espaldas bien dibujadas?

Y algo más... ¡Bastante más!

Pues la culpa de esta frialdad la tenía aquel hombre de barba que se hallaba sentado en la primera fila de butacas; el mismísimo don Teobaldo.

¿Que por qué?

Ahora mismo se lo voy a explicar a ustedes.

Como todos creían como en un oráculo en la sapiencia teatral del mercero, en cuanto terminaba un número a él dirigían sus ojos esperando que hiciese un movimiento de aprobación o de repulsa para imitar su actitud, y como lo único que hacía don Teobaldo era pasarse la mano por la barba, de aquí que nadie se atreviese ni a aplaudir ni a censurar a la «troupe» francosenegalesa.

Por fin, al terminar la canción, todas las muchachas a una levantaron la pierna, y él, al encontrar aquello bonito, dijo, sin darse cuenta, esta filosófica frase:

—¡Bueno está lo bueno!

Y estalló la ovación.

Don Teobaldo había puesto su visto bueno a una canción francesa cuya música no entendía y de cuya letra se había quedado en ayunas.

Ya toda la representación del elenco francosenegalés durante la primera función que dieron en el teatro de Villaplácida constituyó un éxito resonante.

Pero al terminar aquella primera parte los espectadores continuaban mirando a don Teobaldo como si esperaran algo de él.

¿Qué era lo que podían esperar?

Pues que fuese al escenario a saludar a los artistas, como hacen los «morenos» de calidad los días que aquéllos tienen éxito.

Y don Teobaldo, como ya se hallaba en el caso de sostener su reputación de hombre entendido en cosas de teatro, se levantó de su butaca y se metió en el pasillo.

Una vez allí sintió deseos de retroceder, porque como si fuera a acometer una empresa superior a sus fuerzas, un sudor frío le bañaba las sienes; pero la mirada de varios curiosos que habían salido al corredor a fumar un pitillo le hicieron tragar saliva y seguir adelante.

¿Sabría español alguna de aquellas negras o alguna de aquellas blancas? Porque en otro caso iba a ser bastante difícil el que se entendieran, ya que él de francés no sabía ni una sola palabra.

Pero la respuesta la tuvo en el mismo momento en que se metía entre las bambalinas.

Una de las rubitas se le quedó mirando.

—¡Oh, la barbe!—dijo.

Luego le roció con el chaparrón de su risa clara.

Al oír reír a su compañera, una negra que se hallaba muy ocupada atándose a la cintura un manojo de plátanos volvió la cabeza y se rió también.

La blanca y la negra se le aproximaron y empezaron a acariciarle aquella barba que les había hecho reír.

Le pasaron camerino por camerino para presentárselo a sus camaradas, y como éstas se hallaban cambiándose de trajes para actuar en la segunda parte del espectáculo, a don Teobaldo se le encandilaban los ojos y le temblaba la barba de regocijo.

La que menos enseñaba, tenía el ombligo al aire... ¡Y muchas, aún más! Y las había apetitosas de verdad. Y muy llenitas de carnes la mayoría. ¡Qué blancas y qué negras! Como para jugar a las damas...

La acogida que le hacían blancas y negras era muy distinta. Las francesas hacían como que se indignaban y lanzaban gritos, menos una, que le lanzó unas mallas de seda de color de rosa que el mercero recibió en pleno rostro.

Las negras continuaban inmóviles y seguían vistiéndose como si aquel tío barbudo en lugar de estar en la puerta de sus camerinos estuviera a

cien leguas de distancia, y si alguna le miró, lo hizo como si mirara un fetiche.

El, de todas maneras presentía que telón adentro estaba corriendo el gran ridículo; pero se consolaba pensando en el enorme éxito que para sus coterráneos suponía aquella audacia.

Cuando se quedó de nuevo a solas con la blanca y la negra que tantas florituras le habían hecho con la barba, se cargó de audacia, tosió y les dijo:

—Señoritas, yo me consideraría muy honrado si al terminar la representación aceptasen la invitación que les hago de venir a cenar conmigo.

La rubita y la negraza se miraron una a otra como preguntándose qué quería decir aquel hombre.

El volvió a toser y volvió a repetir la invitación. Ellas volvieron a mirarse.

Don Teobaldo apeló a la mímica.

—¿Souper?—le preguntó la francesa.

—¡Super y de rechupete!—contestó don Teobaldo.

UNA CENA

Los pocos trasnochadores con que contaba Villaplácida fueron los encargados de extender por la ciudad la noticia de aquel hecho insólito, que hizo crecer a los ojos de todos los villaplacidenses la barbuda figura de don Teobaldo.

El desaprensivo mercero había sido visto en el café Imperial teniendo sentadas a su lado a una de las blancas y a una de las negras que charlestoneaban y «on-stopeneaban» ligerísimas de ropa en el teatro.

El hecho era ciertísimo.

La francesa y la senegalesa habían aceptado la invitación, y la primera a su vez invitó a don Teobaldo a que le esperara en el camerino de la negra mientras ella se arreglaba, y si no lo hizo en el suyo propio fué porque como era el mayor del teatro se desnudaban y vestían allí cuatro bailarinas.

Así es que don Teobaldo llevó su barba al camerino de la senegalesa.

Como él no hablaba más idioma que el español y ella por su parte no comprendía más que el francés y el senegalés, permanecieron callados. Ella, sentada frente al espejo, y él, atusándose la barba, de pie, porque en el camerino no había más que una silla.

De entre las gasas blancas salía desnuda como una enorme onza de chocolate la espalda de la bailarina. No estaba mal la espalda... ni lo que seguía hacia abajo... Y el contraste era seductor...

Otro en su lugar hubiera sabido, a pesar de la discrepancia lingüística, sacar partido de aquella situación; pero como don Teodobaldo era un buey, con una cuñada actriz en el «Potopón», se limitaba a mirar aquella espalda negra y a chupar el puño del bastón.

De vez en cuando la negra volvía la cara y le sonreía, enseñándole unos dientes muy blancos. Entonces él se azoraba y continuaba chupando el bastón.

La escena se prolongó hasta que llegó la francesita, que viendo que su compañera estaba a punto de terminar de vestirse, se colgó del brazo derecho de don Teobaldo e indicó a la negrita la conveniencia de que hiciera lo mismo con el izquierdo.

A don Teobaldo el salir de aquella guisa del teatro le daba una tonelada de vergüenza; pero como ya no estaba a tiempo de volverse atrás, las con-



—¡Oh, la barba!

dujo al café más próximo del teatro, que era el Imperial.

Ni la metropolitana ni la colonial recordaron haber asistido a una cena más sosa en todos los días de su vida. ¡Y aquel tío de la barba que parecía que iba a tener gracia!

El estuvo hecho un camello, y al despedirse no se le ocurrió nada de más interés que inclinarse y besarles las manos.

Esto no fué obstáculo para que en Villaplácida declarara todo el mundo que aquello había sido una verdadera bacanal y para que la noticia del banquete llegara corregida y aumentada a los oídos de doña Eduvigis.

En el hogar de los Gutiérrez hubo la escena consiguiente. La mercera insultó al mercero durante dieciséis horas seguidas, y no cesó de gritarle más que en el momento en que la garganta se le puso ronca.

Conchita oyó todos los improperios que su madre dirigía a su progenitor, y sus deseos de dedicarse al teatro se hicieron más fuertes que nunca reflexionando que aquellas mujeres no sólo triunfaban en las tablas, sino también fuera de ellas, pues los señores con barba las llevaban a cenar a los cafés, aun a trueque de desafiar las tempestades domésticas.

Don Teobaldo se limitaba a aguantar el chaparrón con la cabeza baja, pensando que poco después encontraría su compensación en el café con

los compañeros de tertulia, que debían hallarse muertos de asombro y de envidia ante el triunfo que suponía el que dos extranjeras—¡y una de ellas negra!—se dejasen convidar a cenar.

En toda la disputa familiar don Teobaldo no se atrevió a lanzar a su costilla más flecha que ésta:

—No sé cómo te atreves a llamar pelanduscas a esas damas teniendo como tienes una hermana en el «Potopón».

Doña Eduvigis no contestó nada.

Por toda venganza se limitó a acortarse tres deditos más la falda, lo suficiente para no tener necesidad de echar mano de la escalera para que los zangolotinos de Villaplácida supiesen de qué color eran sus ligas.

Y aun el grueso del nacimiento de los robustos muslos...



LA FUGA



ONCHITA, después de cenar, se despidió de sus padres y se fué a su alcoba.

Allí consultó su relojito de pulsera. Eran las diez y media.

Aunque tenía la seguridad de que no iba a poder conciliar el sueño, se desnudó y se metió en la cama.

Estaba absolutamente resuelta a poner en práctica la idea que hacía varios días le andaba dando vueltas y más vueltas por la imaginación.

Para decirlo en pocas palabras: Conchita estaba decidida a fugarse del hogar paterno.

Tenía hechos todos los preparativos.

Del cajón de la librería había cogido dos billetes de cien pesetas que, como las gitanas la navaja, se había colocado en la liga.

Contra lo que había supuesto, se quedó amo-

dorrada. Miró el reloj de nuevo. Era la una y media. Todavía le quedaba tiempo de sobra, porque el tren no pasaba por Villaplácida hasta las tres de la mañana; pero como la impaciencia no le permitía estarse quieta, saltó de la cama.

Los pequeños pies se apoyaron sobre la alfombra y allí quedó un momento pensativa.

¿No iría a cometer una locura?

Sacudió los hombros, los preciosos hombros, con un movimiento de desdén y se dijo:

—¡Bah! Aunque así fuera.

Después de tomada esta resolución comenzó a vestirse. No quiso encender la luz, y en cambio abrió la ventana, pues como hacía una noche clara de luna, aquella luminosidad le era suficiente para ir encontrando sus prendas y poniéndoselas.

Así, las medias tersas quedaron enfundando las piernas, y el vestido y el sombrero primeramente y los zapatitos después completaron su indumentaria.

Como su habitación estaba situada en la planta baja, no tuvo que hacer grandes proezas para bajar al jardín, llevando un maletín de mano en el que guardaba seis pares de medias, unos zapatos, unas zapatillas, dos barras de rojo para los labios, un estuche de manicura y una caja de «kotex».

Había tenido la precaución de dejar abierta la puerta del jardín, y saliendo por ella se encontró en una calleja solitaria. La calleja formaba cuesta. Subiendo se entraba en la ciudad por el lado

de la plaza Mayor; bajando conducía a las huertas. Lo mismo por un sitio que por otro se podía ir a la estación del ferrocarril.

Y la chica vaciló entre dos miedos. El que le producía andar sola a aquellas horas por los campos y el de meterse en la ciudad, donde cualquiera pudiese verla y echar a perder su plan de fuga.

Por tanto, una vez constatados los dos riesgos, se decidió a seguir cuesta abajo.

Llegó al río.

Desde allí divisó el edificio de la estación; faltaba todavía una hora para que llegase el tren. ¡Qué espera más lenta! Por fortuna, en la sala de espera de la estación no había nadie. Se hubiera distraído haciendo lo que todos los viajeros hacen en todas las salas de espera de todas las estaciones del mundo: leyendo los horarios de ferrocarriles; pero como temía ser vista, prefirió acurrucarse en el lugar más oscuro de la sala por si entraba alguien.

Llegó el momento en que abrieron la ventanilla del despacho de billetes.

Conchita temió que le hicieran preguntas, que quisieran indagar por qué razón viajaba sola; pero el empleado, medio dormido, ni siquiera se fijó en ella.

En cuanto se halló en posesión de su billete ganó el andén. Ya había pasado lo peor; ahora era más difícil que la detuvieran.

El tren, por no perder la costumbre, llegó con retraso.

Conchita se metió en un vagón de segunda clase. Los seis departamentos de que constaba el vagón tenían viajeros. Uno solamente tenía todo un lateral vacío. En el otro dormía un joven sin preocuparse de Villaplácida ni dársele un ardite sobre qué clase de pueblo pudiera ser aquel.

La aspirante a actriz vaciló entre meterse en aquel departamento o quedarse en el pasillo.

—¡Una mujer de teatro ha de tener presencia de ánimo!—se dijo.

Y entró.

Unos minutos después el traqueteo del tren le hizo quedarse dormida. Al principio, cuando el sueño empezaba a poner pesados sus párpados, sentadita, con los pies juntos, con la cabeza apoyada en la ventanilla; después, tumbada a la larga sobre el asiento.

Cuando se despertó serían las nueve de la mañana y su desconocido compañero de viaje continuaba durmiendo.

Conchita, antes de mirar el paisaje y hacer todas esas cursilerías que hacen los viajeros cuando se despiertan, sacó del bolso el espejito de mano y del maletín todos los artilugios de «toilette».

Se pintó concienzudamente ojos y labios, se pulió las uñas y se dió cuenta de que en las medias tenía un pequeño «tomate».

No le pareció bien entrar así en Madrid.



Conchita se puso la media que tenía en la mano

Sacó un par de medias nuevas y se dispuso a cambiárselas.

Cuando acababa de quitarse una el viajero se despertó, y le extrañó bastante el ver frente a él una muchacha con una pierna al aire.

Ella se puso colorada como una amapola.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días.

Conchita se puso la media que tenía en la mano. El discretamente salió al pasillo para dar tiempo a la chica para que se descalzara el otro pie.

Cuando volvió a entrar a Conchita no se le había pasado todavía la vergüenza.

El la miró.

Ella le miró a él.

Ambos se sonrieron.

—No la sentí a usted entrar—dijo él.

—Sí, cuando entré estaba usted durmiendo.

—¿Y hace mucho rato que somos compañeros de viaje?

—Unas seis horas.

—¿A Madrid?—preguntó él, aunque la pregunta era ociosa, porque acababan de dejar atrás la última estación del trayecto y a la primera que llegarían sería a la de la capital de España.

—A Madrid—dijo ella.

Luego, un ingenuo orgullo le hizo añadir:

—Soy actriz.

—¡Ah! ¿Y en qué teatro actúa usted?

—En el «Potopón».

El entonces la miró con más curiosidad.

¡Cuidado que era bonita aquella criatura! ¡Pero lo que se dice bonita, bonita de verdad!

Y al pensar que había estado una noche entera completamente a solas con una actriz del «Potopón» y se la había pasado durmiendo, el crítico se hizo esta romántica y selecta reflexión:

—¡He hecho el canelo!





el tren llegó a Madrid.

Con retraso, porque en otro caso aquello hubiera constituído un acontecimiento pocas veces visto.

Conchita salió de la estación.

Como en su vida había viajado en «Metro» y los taxis habían sido tomados por asalto por los viajeros, se quedó junto a la verja un momento parada, como no sabiendo qué partido tomar.

Por fin se decidió a echar a andar con su maletín en la mano en la misma dirección en que toda la gente caminaba.

Hasta entonces puede decirse que no se había dado cuenta de la magnitud de la aventura que estaba corriendo.

Al pasar, la luna de un escaparate le devolvió su imagen. Se encontró tan guapa que la mitad,

por lo menos, de sus preocupaciones desaparecieron. Con una figura como la de ella era fácil abrirse camino.

¿No se lo había abierto la tía Laura, a pesar de tener muchos más años que ella?

Madrid no le hizo apenas impresión. La verdad es que iba tan ensimismada en sus pensamientos que no le quedaba tiempo para fijarse en las cosas.

En lo único que se fijaba con detenimiento era en la espalda de un transeúnte que había visto salir de la estación y al cual seguía, suponiendo sería fácil que la condujese al centro de la ciudad.

Y así fué. Porque después de haber caminado un buen rato, y cuando ya sus pequeños pies comenzaban a fatigarse, se encontró en la Puerta del Sol.

Allí se detuvo en una acera.

Le pareció que lo más conveniente sería poner un poco en orden sus pensamientos y otro poco en orden su estómago, y para conseguir ambas cosas se metió en un café, se sentó junto a la ventanilla y pidió un chocolate con picatostes.

Cuando terminó de ingurgitar el soconusco ya lo tenía todo resuelto.

Llamó al botones y le dió orden de que fuera a buscar un taxi.

En seguida estuvo dentro del vehículo, habiendo dicho al chofer al subir estas palabras:

—Al «Teatro Potopón».

—Está muy bien, señorita.

El auto enfiló por la calle de la Montera arriba y Conchita sintió que una dulce angustia se apoderaba de ella.

¡Ay! ¡Qué poco tiempo iba a tardar en echarse en brazos de la tía Laura!



UNA MUJER DE TEATRO



ONCHITA entró en el «Potopón» más decidida que Napoleón en Moscú. ¿No era acaso sobrina de una actriz y aun aspirante a actriz ella misma? Encontró a un acomodador que en mangas de camisa sacudía unos zorros contra las butacas.

Se dirigió a él.

—¿La señora Laura González?

—Sí, señorita. En el pasillo la encontrará.

Conchita avanzó por el pasillo.

¡Oh, qué pequeñita y qué envejecida está! Ciertamente que su sobrina no se la podía imaginar así.

La tía Laura se quedó muy sorprendida de verla aparecer en el «Potopón».

—¡Ah! ¿Pero eres tú?—le dijo abrazándola.

—Sí, tía.

—Pues estoy muy contenta de verte.

—Recibimos hace mucho tiempo una carta de usted.

—Sí, y estaba muy enojada con tus padres porque no me contestaban.

—Ellos...

—No les disculpes. Sé que soy pobre, pero siempre he sido honrada, y cuando se tiene un empleo decente...

—¡Claro! ¿Por qué no había de ser decente el empleo?—dijo Conchita, y añadió esta piadosa mentira—: Y te conservas bien, tía Laura...

—No; eso, no.

—Te aseguro...

—No me asegures nada. Una no se puede conservar bien cuando las ha pasado tan malas como las he pasado yo. Mi marido estaba siempre enfermo y yo he tenido que trabajar por los dos... Pero a la vejez tuve la suerte de encontrar esta ocupación... Hablemos de ti... ¿De manera que has abandonado a tus padres? Pues has hecho mal... Pero vamos a escribirles en seguida para que se tranquilicen. Aquí tienes papel con membrete del teatro. El secretario es muy amable y nos da todo el que pedimos... Pero bien; dime, ¿qué idea es la tuya, qué es lo que vienes a hacer a Madrid?

Conchita, bajando los ojos, contestó:

—Lo mismo que usted.

—¡Cómo! ¿Lo mismo que yo? No, hija mía. Ni lo pienses. Eres demasiado joven para que te empleen en la limpieza de un teatro...



COMPRE USTED

AVENTVRAS

La publicación que más se lee en España

EJEMPLAR: 50 cénts.